

La arqueología en la comarca del Bajo Aragón-Caspe: de la Prehistoria a la Antigüedad tardía

JOSÉ IGNACIO ROYO GUILLÉN
FABIOLA GÓMEZ LECUMBERRI

Introducción

Hablar de la arqueología en esta comarca es recorrer un paisaje en el que el río Ebro y sus afluentes Regallo, Guadalope, Matarraña y Algás han propiciado el asentamiento humano desde los momentos más oscuros de la Prehistoria, dando como resultado una de las mayores densidades de yacimientos arqueológicos de nuestra Comunidad Autónoma. Esta riqueza patrimonial ha permitido que los principales investigadores aragoneses y algunos de los más prestigiosos peninsulares, hayan dedicado un esfuerzo importante para el descubrimiento, documentación, estudio y publicación del numeroso grupo de yacimientos de esta comarca, tarea en la que el Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe ha actuado de auténtico catalizador, apoyando en todo momento las intervenciones llevadas a cabo hasta el presente. Dichas actuaciones hacen que en estos momentos Caspe, Chiprana, Fabara, Fayón, Maella y Nonaspe, sean un referente nacional e internacional, no sólo para la arqueología prehistórica y protohistórica, sino también para la arqueología clásica. En las páginas que siguen repasaremos algunos de los hitos que permiten considerar a esta comarca como uno de los núcleos principales de la arqueología aragonesa.

La investigación arqueológica en la comarca

La investigación arqueológica de Caspe y su comarca va indefectiblemente unida a un elenco de arqueólogos vinculados de algún modo a la Universidad de Zaragoza, aunque de forma puntual y en un momento u otro, también se han unido al mismo expertos de las universidades de Madrid, Barcelona o País Vasco. Sus orígenes, como en tantos otros casos, debe asociarse a la labor de los eruditos locales, en este caso representada por M. Valimaña, sacerdote de Caspe, entre 1809 y 1864 que nos legó su obra *Anales de Caspe*, en la que se recopilan los principales hechos históricos de esta ciudad y sus alrededores.

Será a finales del siglo XIX y durante los primeros años del XX, cuando surgirá un grupo de aficionados y eruditos de la zona, tales como S. Vidiella, J. Cabré, L. Pérez o M. Pallarés que dirigidos por P. Bosch desde la Universidad de Barcelona, prospectarán y excavarán varios yacimientos, como el *Cabezo Torrente* y *La Tallada*, dando a conocer sus resultados en el *Boletín del Bajo Aragón*. A pesar de intensos trabajos de campo en varios enclaves arqueológicos, la mayor parte del material recuperado se trasladará al Museo Arqueológico de Barcelona, salvo en el caso de la excavación del poblado del *Roquizal del Rullo*, excavado por L. Pérez Temprado y publicado por J. Cabré en 1929, cuyos materiales fueron depositados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Tendrá que pasar la Guerra Civil y llegar la década de los años cuarenta y sobre todo la de los cincuenta del siglo XX, para que esta comarca reciba el impulso definitivo en cuanto a las actividades arqueológicas se refiere. En esta etapa, las prospecciones de J. Tomás, y más tarde las de M. Pellicer o E. Vallespí, darán a conocer un gran número de yacimientos prehistóricos y protohistóricos, labor que rendirá sus frutos en la primera gran síntesis arqueológica de la comarca, *La Prehistoria del Bajo Aragón*, publicada por A. Almagro, E. Ripoll y A. Beltrán en 1956.

El revulsivo definitivo vendrá de la mano de A. Beltrán, quien con un equipo de la Universidad de Zaragoza, excavará durante varias campañas de los años cincuenta el poblado del *Cabezo de Monleón*, en Caspe, yacimiento que catapultará la arqueología de esta comarca a los ámbitos nacional e internacional. A partir de ese momento y sobre todo de los años setenta, un nutrido grupo de arqueólogos se incorpora a la investigación de la zona, labor en la que la creación del *Grupo Cultural Caspolino* y de su publicación, *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, será cómplice e instigador.

Sin ánimo de ser exhaustivos citaremos a algunos de estos investigadores que entre 1970 y los primeros años del tercer milenio, han realizado intervenciones o estudios en esta comarca. Entre otros enumeraremos a I. Barandiarán que excavó y publicó el *abrigo de Costalena*, en Maella; a J. Eiroa, excavador y estudioso del poblado de *La Loma de los Brunos* en Caspe; a A. Álvarez, A. Blanco, J. L. Cebolla y S. Melguizo, que excavaron la cabaña neolítica de *Los Ramos* de Chiprana, el abrigo del *Plano del Pulido*, en Caspe, el conjunto de poblados de *Palermo III-IV*, o la necrópolis tumular de *Corraliza de Rayes*, ambos en Caspe. También es imprescindible citar algunos trabajos de síntesis, en especial la *Carta Arqueológica de Caspe*, publicada en 1983 por J. Eiroa, A. Álvarez y J. A. Bachiller. A esta obra, donde se dan a conocer un centenar de yacimientos arqueológicos de este término municipal, hay que unir los trabajos que se han realizado en los últimos años en conjuntos como *La Tallada IV*, que han dado como resultado la publicación de otra nueva síntesis, en este caso sobre *Los Iberos en el Bajo Regallo*, obra llevada a buen puerto por S. Melguizo en 2005.

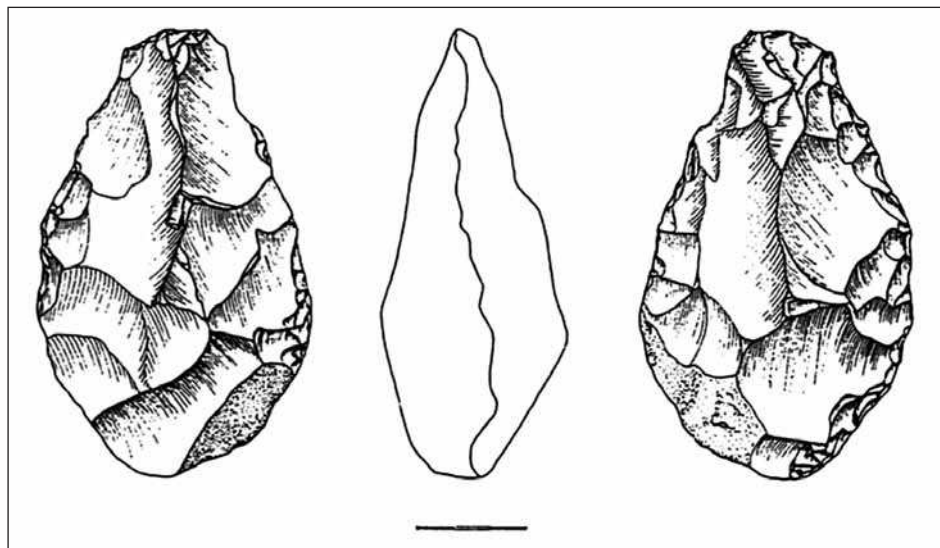
También en fechas recientes se han realizado excavaciones urbanas en el entorno de la Colegiata de Caspe, dirigidas por J. Navarro y posteriormente dadas a

conocer por M. Pellicer, las cuales han contribuido a un mejor conocimiento de los orígenes de esta población. La última síntesis sobre la arqueología de Caspe y su comarca y posiblemente una de las más completas y concienzudas, se debe a M. Pellicer, el cual en su *Panorama histórico-arqueológico de Caspe en el Bajo Aragón*, publicada en 2004, realiza un estudio sobre el patrimonio arqueológico de la zona, desde sus orígenes hasta el medioevo, dando una visión objetiva sobre la importancia científica e histórica de dicho patrimonio.

Tal es su influencia en la comunidad científica que Caspe ha sido sede de reuniones de altísimo nivel, como el *I Congreso Internacional de Arte Rupestre*, celebrado en 1985, o los *Primeros y Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*, celebrados en la misma localidad en 1985 y 1986. En la actualidad, la continuidad de la investigación arqueológica en esta comarca parece garantizada, gracias al proyecto *Iberos en el Bajo Aragón* y a otras intervenciones puntuales, como la revisión estratigráfica del *Plano del Pulido*, a cargo de P. Utrilla, A. Álvarez y S. Melguizo.

La Prehistoria: los grupos de cazadores-recolectores y el arte rupestre

Muy poco sabemos por el momento de la ocupación humana en esta comarca durante el periodo más antiguo de nuestra Historia, el Paleolítico. Pero esta ausencia está producida más por la falta de investigación de campo que por la desaparición de yacimientos de estas épocas por los procesos erosivos o acumulativos del Ebro y sus afluentes. No obstante algunas prospecciones realizadas en terrazas del Ebro, Guadalope y Regallo han dado como resultado el hallazgo de



Bifaz de la partida de Cauvaca, Caspe

piezas líticas y restos de fauna vinculados al Paleolítico Inferior-Medio. Así, conocemos de las graveras de la partida de *Cauvaca*, un bifaz amigdaloide que tipológicamente puede adscribirse a un Achelense genérico o a un Musteriense inicial, con una cronología que oscila entre 150.000 y 100.000 años de antigüedad y que demuestra al menos el paso por esta zona de grupos de cazadores-recolectores neandertales, como también se ha comprobado al otro lado del Ebro en la zona de Mequinenza. También A. Álvarez localizó en el *Soto de Vinué V* piezas líticas similares a la anterior, lo que desde luego implica una presencia humana significativa en la zona, al menos desde el tránsito del Paleolítico Inferior al Medio.

Desgraciadamente no conocemos por el momento ningún yacimiento que pueda adscribirse al Paleolítico Superior, ni tan siquiera alguna pieza que pudiera situarse en dicho periodo, pero su falta de localización, no implica su inexistencia, ya que a partir de los profundos cambios climáticos y culturales que se producen al final de las glaciaciones y posteriormente al 10.000 a. C., nos encontramos una serie de asentamientos que demuestran la presencia de grupos humanos cuya cultura material se sitúa en el Epipaleolítico.

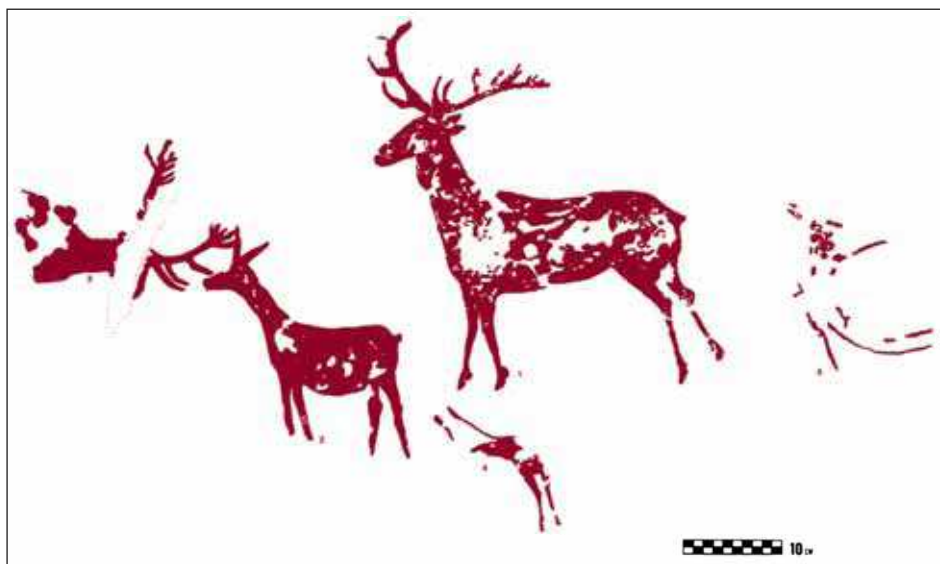
El inicio de esta nueva etapa en el Bajo Aragón debe situarse hacia el 8000 a. C. y supone un proceso de profundos cambios climáticos, con una progresiva desecación y el aumento de las temperaturas, lo que provoca sensibles cambios en la fauna y el paisaje vegetal, en el que predomina el bosque de encinas. Los grupos humanos que habitan la zona, a pesar de sus fuertes raíces culturales paleolíticas, deben adaptarse a dichos cambios, ocupando abrigos bien orientados o incluso construyendo pequeños campamentos de cabañas al aire libre, como recientemente se ha comprobado en el poblado de La Cruz de La Muela. Las gentes epipaleolíticas continúan con la economía depredadora, cazando y recolectando, aunque ahora con variaciones en la dieta alimenticia, debido a la presencia de una fauna salvaje en la que aparece el ciervo, jabalí, corzo, rebeco, cabra montés, caballo salvaje y conejo, como especies básicas en la obtención de carne. En cuanto a la industria material, aparece representada por una industria lítica basada en la talla del sílex con complejos microlaminares en las fases antiguas y geométricos a partir del VI milenio a. C.

Aunque las prospecciones realizadas en la zona, han localizado bastantes yacimientos que pueden adscribirse a este periodo, los principales yacimientos epipaleolíticos de esta comarca son los siguientes: *Sol de la Piñera* y *El Serda* en Fabara, los abrigos de *El Pontet* y *Costalena* en Maella y *Plano del Pulido* y *Boquera del Regallo II* en Caspe. De todos ellos, solamente el primero parece corresponder a algún tipo de campamento de cabañas al aire libre, estando el resto ubicados en abrigos rocosos. Por lo que se refiere a los dos abrigos de Maella, el abrigo de *Costalena* fue excavado por I. Barandiarán a mediados de la década de los setenta del siglo XX, documentando una potente estratigrafía en la que aparece una secuencia cultural que va desde el Epipaleolítico Antiguo, de tipología macrolítica y laminar, hasta el Neolítico Inicial, a partir del V milenio a. C.

Más tarde, a mediados de los ochenta, fue excavado por C. Mazo y L. Montes el abrigo de *El Pontet*, con una secuencia más pobre, pero que también documenta desde el Epipaleolítico hasta el Neolítico Medio.

No obstante, es el yacimiento del *Plano del Pulido* en Caspe, excavado por A. Álvarez y S. Melguizo a comienzos de los años noventa, el que ha ofrecido una secuencia estratigráfica más completa, contando además con la presencia junto al asentamiento, de un abrigo con pinturas rupestres naturalistas. Los niveles arqueológicos de este yacimiento van desde el Epipaleolítico Antiguo, fechado en el VIII milenio a. C., hasta el Eneolítico Inicial, en la segunda mitad del III milenio a. C. En este apartado nos interesa destacar el nivel C de dicha estratigrafía, donde aparece representada toda la evolución de las industrias líticas laminares y geométricas entre el 8.000 y el 5.000 antes de la Era.

A pesar de que se trata de un tema controvertido y que los principales investigadores en arte rupestre no son capaces de ponerse de acuerdo, hemos incluido en este capítulo las pinturas rupestres del *Plano del Pulido* porque consideramos que, al menos culturalmente, deben situarse en una facies de cazadores-recolectores y por tanto, perfectamente asimilables a alguno de los periodos que representa el nivel C del asentamiento epipaleolítico. El panel pintado de este conjunto representa el único ejemplo de pintura naturalista de estilo levantino en esta comarca y también el único enclave de dicha tipología en la provincia de Zaragoza. Está declarado Patrimonio Mundial desde 1998 y conserva un conjunto iconográfico del mayor interés. Localizado a unos ocho metros sobre el yacimiento arqueológico, encontramos un pequeño *taffoni* de menos de un metro de anchura abierto en la roca arenisca del paleocanal que recorre la zona, donde aparece un panel pintado en diversas tonalidades de rojo, con tintas planas,



Calco del abrigo pintado del Plano del Pulido de Caspe (según J. Eiroa)



Detalle del ciervo pintado en el abrigo del Plano del Pulido de Caspe

con al menos seis figuras entre las que destaca la central, un ciervo de desarrollada cornamenta y en posición estática, bajo el cual aparece una cierva y tras ella restos de un posible cervatillo. A la izquierda del ciervo central aparece otro cérvido incompleto y restos de otro posible animal, mientras que a la derecha se conservan restos muy alterados de trazos que parecen corresponder a un posible arquero. Se trataría pues de una típica escena de caza, perfectamente paralelizable a otras simila-

res del Bajo Aragón, como la de la *Roca dels Moros* o *Els Gascons* de Cretas. Fuera del diminuto abrigo pintado, hemos localizado restos de pintura y trazos sueltos en rojo a escasos metros del mismo, lo que nos indica con seguridad la pérdida irreparable de importantes zonas del soporte original del primitivo abrigo pintado que debió ser de mayor tamaño. En cuanto a la cronología de las pinturas del *Plano del Pulido*, a la espera de nuevos datos que pueda aportar la revisión del estudio en el yacimiento epipaleolítico, iniciada por P. Utrilla, A. Álvarez y S. Melguizo en 2007, consideramos que dichas pinturas podrían asimilarse tanto a un periodo medio o final de los niveles epipaleolíticos, durante el VI milenio a. C., como a los niveles del Neolítico Antiguo también presentes en el yacimiento, datados durante el V milenio a. C., como algunos autores prefieren fecharlas.

Los primeros productores: del Neolítico a la Edad del Bronce

Las excavaciones realizadas en diversos yacimientos de los alrededores de Caspe y del Bajo Aragón han permitido documentar de forma bastante completa el origen y posterior evolución de la cultura neolítica en estas tierras. La revolución neolítica afectó completamente a los grupos humanos epipaleolíticos que habitaban estas tierras, pasando de una economía depredadora a una productora, cultivando por vez primera algunas especies de cereales, domesticando otras especies animales, construyendo los primeros poblados a base de agrupaciones de cabañas y pasando de una industria lítica basada exclusivamente en el tallado, a otra en la que se combina la talla del sílex con la fabricación de útiles de piedra pulida e incluso adornos realizados con dicha técnica. Todas estas innovaciones no se produjeron de forma súbita, sino paulatinamente y durante un largo proceso de adaptación a las mismas, ya que en el Bajo Aragón se detecta una larga tradición cultural epipaleolítica que, en algunos elementos, no se abandonó hasta la plena neolitización. Este proceso se inicia en el Bajo Aragón en los inicios del V milenio a. C. y perdura hasta mediados o finales del III milenio a. C.

Uno de los aspectos del neolítico del Bajo Aragón y en general de todas las áreas geográficas aledañas que debe empezar a cuestionarse es el del hábitat troglodita generalizado, en este caso en forma de asentamientos más o menos periódicos o estables aprovechando los numerosos abrigos rocosos que flanquean los cursos de agua permanente, aprovechando éstos para construir cabañas o estructuras de hábitat más o menos resistentes. Las excavaciones llevadas a cabo en el poblado de *Riols I* en Mequinenza, o las realizadas en el de *Los Ramos* de Chiprana, permiten hoy concluir que al menos desde finales del V milenio a. C. ya existían poblados estables en la zona, con estructuras de habitación formadas por cabañas de tendencia ovalada, con enlosados de piedra y hogares exteriores también empedrados. También puede decirse que a pesar de que la industria lítica tallada mantiene la tradición tecnológica epipaleolítica, ésta coexiste con una abundante industria de piedra pulimentada en la que predomina la presencia de un gran número de hachas pulimentadas y molinos planos, lo que indica el aprovechamiento forestal y la práctica de la agricultura cerealista de forma plena al menos desde el 4000 a. C.

Los principales yacimientos neolíticos de esta comarca, tanto por sus materiales, como por su secuencia estratigráfica son los siguientes: Los abrigos de *Costalena* y *El Pontet* de Maella, el *Plano del Pulido* en Caspe y el poblado de *Los Ramos* de Chiprana. En los de *Costalena* y *Plano del Pulido*, la potente secuencia estratigráfica ha permitido conocer la evolución cultural en la zona, desde el Neolítico Antiguo, con presencia de cerámicas cardiales, hasta el Neolítico Final y Eneolítico. Hay que destacar en este punto el yacimiento de *Los Ramos* de Chiprana, estudiado por A. Álvarez y J. L. Cebolla y fechado entre el Neolítico Final y el Eneolítico, hacia el 3000 a. C. Se trata de un poblado extenso con fondos de cabaña de los que se excavó uno delimitado por grandes losas verticales, con agujeros para postes y hogar central junto al que apareció una industria lítica en sílex cuarzo y calcita, acompañada de vasos cerámicos de cuellos rectos. Entre la industria en sílex, destaca la presencia significativa de puntas foliáceas, fósil director de las industrias eneolíticas o calcolíticas. Por lo que respecta al mundo funerario de este periodo, poco podemos decir, salvo por las referencias de las sepulturas del Neolítico Medio excavadas en la vecina localidad de Mequinenza o en otras localidades del Bajo Aragón.

A partir del III milenio y sobre todo del 2500 a. C., aparecen cambios en la cultura material y sobre todo en los asentamientos que permiten señalar la presencia de poblados compuestos por la agrupación de cabañas, poblados o asentamientos claramente sedentarios en los que ya se comprueba la presencia de ganadería y agricultura desarrolladas y entre los que abundan las piezas líticas foliáceas o con retoques en doble bisel, junto a una abundante industria lítica de hachas pulimentadas. Este periodo denominado Eneolítico puede alcanzar los comienzos del II milenio a. C. y cuenta con bastantes yacimientos en la comarca, sobre todo en los alrededores de Caspe y en el río Guadalope. Entre otros citaremos los yacimientos *Boquera del Regallo II*, *Cauvaca I-III*, *Ramblar*, *Piedras de Guerrilla*, en este caso con presencia de grabados rupestres de cazoletas y

canalillos, *Soto de Minué II-III*, *Piarroyo III* y *Hoya de Navales II*, todos ellos en el término municipal de Caspe.

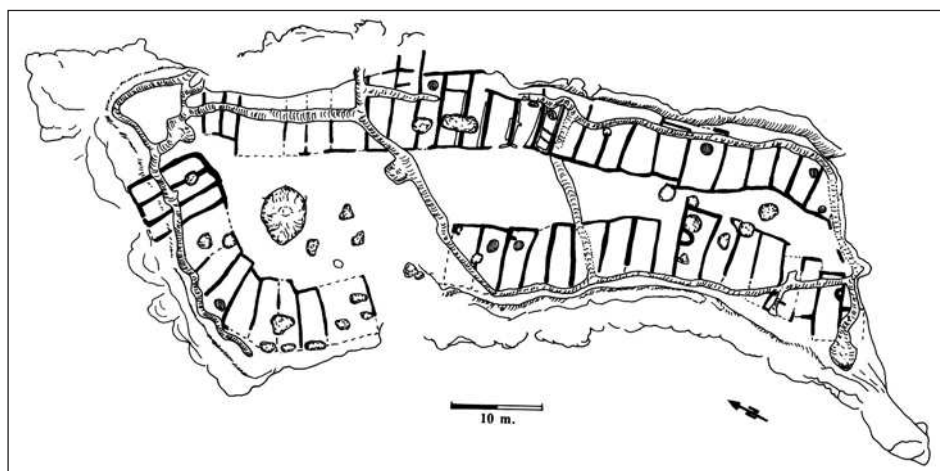
Con la llegada del II milenio a. C. se van a producir nuevos cambios en la estructura social y económica de los habitantes de estas tierras, entre otras cosas por la eclosión de la cerámica campaniforme, los inicios de la metalurgia del cobre y más tarde del bronce, la consolidación de la producción agrícola y ganadera y el nacimiento de los primeros poblados con organización protourbana. La Edad del Bronce en el Bajo Aragón abarca prácticamente un milenio –entre el 2000 y el 1000 a. C. y dada la pobreza metalogénica de la zona, como ocurre en casi todo el valle medio del Ebro, seguirá usándose de forma generalizada el utillaje lítico, con pervivencias tecnológicas del eneolítico. También se introducen piezas específicas, como las láminas dentadas usadas como dientes de hoz, las puntas de flecha con pedúnculo y aletas y la presencia masiva de hachas pulimentadas y molinos de mano, índice claro de una creciente agricultura cerealista.

Dado que en la comarca del Bajo Aragón-Caspe no se ha excavado ni un solo poblado del Bronce Pleno o indígena, los datos con los que contamos hasta la fecha corresponden en su totalidad a prospecciones y estudios superficiales, destacando entre los principales hallazgos los correspondientes al término municipal de Caspe: *Cabecico de los Moros*, *Mataloperro*, *Piarroyo III*, *Cerro Gualope*, *Cabezo de las Armas*, *La Roca*, *La Roqueta*, *Sancharancón*, *Cabezo de la Val de Zail*, *Val de las Fuesas* y *Hoya de Navales I*.

Posiblemente vinculado a un momento indeterminado de la Edad del Bronce o del Eneolítico, debemos citar el único ejemplo hasta la fecha de arte esquemático en la comarca. Nos referimos al pequeño abrigo de *Valcomuna* en Caspe, donde A. Álvarez presentó en 1985, en el I Congreso Internacional de Arte Rupestre, un panel pintado en negro con dos representaciones abstractas que muy bien podrían compararse con alguna de las figuras estudiadas por nosotros en el término municipal de Mequinenza.

La Protohistoria: de los Campos de Urnas al proceso de iberización

La llegada de la cultura de los Campos de Urnas a la zona, se detecta en los dos últimos siglos del II milenio a. C., pero se hace patente a partir del año 1000 a. C. Esta cultura de origen centroeuropeo, trajo consigo importantes cambios en las estructuras sociales y económicas de los pobladores de la comarca que casi con toda seguridad, también recibieron aportes de población junto a las más que significativas novedades en las creencias y rituales funerarios. A partir de este momento, vamos a ver un aumento generalizado de la población, patente en la construcción *ex novo* de nuevos poblados ubicados en alto, en cerros testigo o en paleocanales, con un urbanismo en el que las casas se agrupan en barrios



Planta del poblado de los *Campos de Urnas* del Cabezo de Monleón de Caspe

en torno a una calle o espacio central. Las viviendas, de planta rectangular alargada, se adosan unas a otras, apareciendo en su interior un rico ajuar doméstico cuyo material más representativo es la cerámica, fabricada a mano, con formas bitroncocónicas en las primeras etapas y globulares con cuellos cilíndricos mas adelante. Los acabados son alisados o pulidos y suelen recibir en determinados casos una rica decoración de acanalados, excisiones, incisiones o cordones impresos. La economía de estos poblados está basada en la explotación intensiva del territorio y de sus recursos agrícolas y ganaderos, en un cada vez más activo comercio y en la reactivación de la metalurgia del bronce, paulatinamente sustituida a partir del siglo VII-VI a. C. por la metalurgia del hierro, gracias al impacto colonial del Mediterráneo y a las aportaciones célticas desde el Sureste de Francia. El ritual funerario de inhumación colectiva de la Edad del Bronce, es sustituido por la incineración individual bajo grandes túmulos circulares o cuadrados de piedras, en los que se entierran los restos del cadáver junto a su ajuar cerámico y metálico, dentro de una urna que suele estar protegida por una cista de piedra.

Gracias a las excavaciones realizadas en varios de estos poblados, conocemos con bastante exactitud sus modos de vida y su ajuar doméstico, que suele ser muy abundante. No lo es tanto el funerario, denotándose una vez más la pobreza de las ofrendas metálicas en los enterramientos de este territorio. Las excavaciones y estudios realizados por A. Beltrán, M. Pellicer, J. J. Eiroa,



Cerámica excisa del poblado del Cabezo de Monleón



Túmulo funerario de la Corraliza de Rayes en Caspe

en cualquier estudio sobre el poblamiento de los Campos de Urnas en el sector oriental del valle del Ebro.

La llegada de nuevas influencias célticas por un lado y la crisis generalizada que se produce en el Mediterráneo, junto con la presencia colonial fenicia y más tarde griega en las costas orientales peninsulares, provocan una serie de cambios profundos y a veces bruscos en los que no hay que descartar el agotamiento del modelo económico de los Campos de Urnas, produciéndose abandonos y destrucciones generalizados en casi todos los poblados del valle medio del Ebro, momento que podemos situar en un arco cronológico entre el 550-500 a. C. Las influencias cada vez más evidentes de los pueblos mediterráneos por un lado, la llegada de nuevas influencias célticas a través de las aportaciones de la cultura de La Tène por otro, y la propia evolución de las comunidades autóctonas de la zona, cristalizará en una serie de profundos cambios sociales, económicos y políticos que determinarán el ascenso de unas élites guerreras o ecuestres que determinarán una organización social que girará en torno a las gentilidades y las tribus. La utilización generalizada de la metalurgia del hierro, del torno alfarero, de la agricultura y ganadería extensiva y el uso del caballo como elemento de prestigio social, serán algunas de las claves de este nuevo periodo.

Este proceso de cristalización de la cultura ibérica se produce a lo largo del siglo VI a. C. (Ibérico Antiguo), consolidándose con seguridad a partir del siglo V a. C. Las noticias que tenemos sobre los asentamientos de estos momentos oscilan entre un tipo de asentamientos de pequeño tamaño con grandes construcciones o torres y una serie de poblados de pequeño y mediano tamaño cuya función de control territorial y comercial se está valorando en su justa medida. Los yacimientos que permiten conocer con más detalles este proceso son por el momento el poblado de *La Tallada IV* y el entorno de *La Colegiata*, ambos en Caspe. En el primer caso, S. Melguizo ha excavado durante los últimos años un poblado de tamaño reducido, con casas de tendencia rectangular con zócalos de piedra y muros medianeros comunes, que cuentan con unos hogares centrales con forma de piel de toro, de los que se ha querido señalar su posible carácter ritual. El ajuar cerámico es escaso dado el abandono del poblado, pero

G. Ruiz Zapatero y A. Álvarez en distintos yacimientos, han dado como resultado que dichos trabajos se conviertan en una referencia obligada en los estudios protohistóricos del Bajo Aragón y en general de todo el cuadrante nororiental peninsular. Yacimientos caspolinos como el *Cabezo de Monleón*, *La Loma de los Brunos*, *Palermo III-IV*, *Corraliza de Rayes*, *Záforas*, *Cabezo Torrente*, o *El Roquizal del Rullo* de Fabara, son continuamente citados



Túmulo funerario de la Loma de los Brunos de Caspe

permite constatar una tipología cerámica realizada a mano y a torno que resulta característica para el Ibérico Antiguo de la primera mitad del siglo V a. C., tal y como ocurre con yacimientos similares como *Aldovesta* en Tarragona, *El Cabo* de Andorra, o *El Castillo* de Cuarte. Del mismo momento parece ser el nivel de asentamiento con cerámica ibérica documentado en las excavaciones de J. Navarro en el entorno de la Colegiata de Caspe, donde se documentó una secuencia estratigráfica que permite documentar el origen de la ciudad al menos desde el siglo VIII a. C.

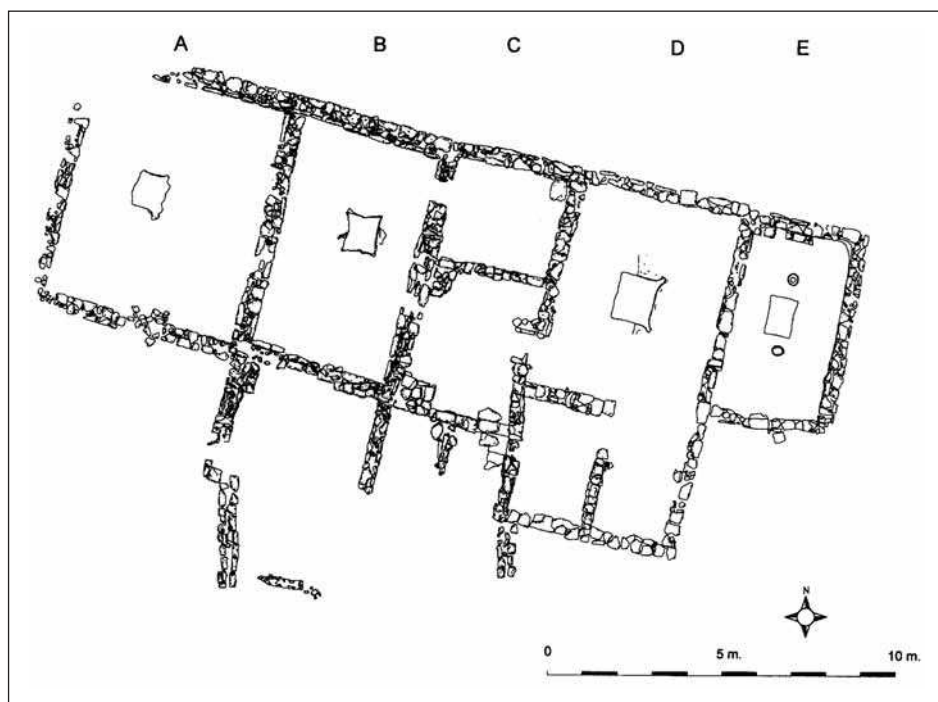
El poblamiento ibérico y el proceso de romanización

A partir del siglo III a. C., los pueblos indígenas del valle del Ebro ven interrumpido su normal desarrollo y evolución hacia modelos de organización social y política más compleja, debido al proceso de conquista y romanización que Roma inicia con sus legiones a partir del 218 a. C. Es a partir de este momento cuando los pueblos prerromanos del valle del Ebro entran en la Historia a través de las fuentes que geógrafos, literatos e historiadores romanos han dejado para la posteridad.

Aunque tradicionalmente se ha venido ubicando a este territorio dentro de la etnia de los *Sedetanos*, recientes investigaciones de P. Moret y F. Burillo parecen demostrar que lo que actualmente corresponde a la comarca del Bajo Aragón-Caspe, pertenecería a la tribu de los *Ausetanos* del Ebro, o como propone Mo-

ret, a los *Ositanos*, cuya capital *Osicerda* quedaría localizada en el *Cabezo Palao* de Alcañiz. Esta ciudad-estado y su territorio abarcarían posiblemente por el Norte hasta el Ebro y por el Este hasta el río Matarraña, línea fronteriza entre la etnia de los *Ositanos* y la de los *Ilercavones*. Los principales restos arqueológicos que nos han llegado de dicho periodo, podemos situarlos entre el 300 a. C. y el año 49 a. C., que tras la batalla de *Ilerda*, señala el final del proceso de conquista y romanización de esta zona. De dichos restos destacan por su importancia dos elementos: los poblados y las estelas ibéricas.

Los poblados plenamente iberizados que podemos situar entre los siglos III y I a. C. corresponden en su mayor parte al término de Caspe, destacando entre otros el de *La Tallada*, poblado de mediano tamaño ubicado en la cumbre de un cerro y con casas de planta rectangular con al menos dos habitaciones, muchas de ellas excavadas en la roca que se sitúan junto al borde del cabezo, dejando un gran espacio central. Cuenta con torreón y un foso tallado en la roca y en los últimos años ha sido objeto de labores de limpieza y consolidación, recuperando gran parte de fisonomía original. En dicho poblado, junto a importantes cantidades de cerámica a torno ibérica, decorada con motivos geométricos pintados, se ha recuperado un importante lote de cerámica Campaniense de los tipos A y B, acompañado de otras importaciones romanas, como las ánforas itálicas y Dressel 1A y 1C, o las cerámicas de paredes finas que permiten fechar el periodo de mayor utilización de este poblado



Planta de las viviendas del Ibérico Antiguo (siglo VI-V a.C.) del poblado de La Tallada IV de Caspe

entre los siglos II y I a. C. Al otro lado del río Regallo se localiza el poblado de *Palermo I*, importante enclave con marcado carácter defensivo que cuenta con una planta similar a del poblado anterior, con una acrópolis defendida por un imponente foso tallado en la roca y al menos dos líneas de muralla, de las que la interior está flanqueada por un potente torreón. También cuenta con un profundo pozo tallado en una de las laderas rocosas que serviría para el abastecimiento de agua de la población. Los materiales recuperados en prospección son similares en tipología y cronología al poblado de *La Tallada*, correspondiendo de igual modo a un abanico cronológico de los siglos II y I a. C. Otros poblados de menor entidad pero relacionados con estos dos serían los de *Cabezo de la Estanca*, *Cinglo de la Espartera* y *Mas de Fraguas*, o *La Caraza*.

En el entorno de los principales yacimientos ibéricos de la comarca, se han recuperado cerca de una decena de estelas ibéricas, losas de arenisca decoradas con finos grabados o incluso con restos de talla en las que se representan motivos geométricos, lanzas, o jinetes a caballo, e incluso en ocasiones aparecen restos de epigrafía en lengua ibérica. Mucho se ha escrito sobre el origen y funcionalidad de estas estelas, siendo la interpretación tradicional de monumentos funerarios hoy en día muy contestada. En los últimos años diversos trabajos de revisión de estas piezas han permitido plantear nuevas teorías sobre su funcionalidad. El hecho de que nunca se hayan encontrado en contextos funerarios, plantea otras posibilidades, como el que se trate de monumentos conmemorativos o relacionados con la heroización ecuestre, e incluso que estemos ante auténticos marcadores territoriales que delimitarían las fronteras entre varios pueblos o etnias. Los principales restos de estelas los encontramos en la *Ermita de San Marcos* de Chiprana, donde aparece un fragmento de estela con cabeza de caballo y riendas de jinete; en la partida del *Acampador*, donde se localizaron dos estelas, una con jinete e inscripción ibérica y otra con restos de escritura, además de un pilar-estela rematado con una figura de león tallada en bulto redondo bajo la que se representan grabados un escudo ovalado y tres redondos y a su pie una inscripción en caracteres ibéricos. En las cercanías de *La Tallada* se localizó otra estela decorada con un baquetón de triángulos bajo el que se representan cuatro lanzas de ancha embocadura. Por último debemos citar el conjunto de estelas descubierto en el conjunto de *Palermo*, con un total de siete ejemplares, todos ellos con el común denominador de la representación de lanzas verticales y en los casos mejor conservados, de jinetes a caballo con escudo oval y lanza, así como otras representaciones de carácter más ritual.



Detalle del pilar-estela ibérica del Acampador, con representación de un león

La huella de Roma durante el imperio: villas y mausoleos.

A partir del siglo I de la Era, el valle del Ebro está plenamente romanizado e inmerso en la economía, religión, modos de vida y lengua de la metrópoli, Roma. El centro político, económico y social de toda la cuenca central del Ebro, se desplaza a *Caesaraugusta*, con un sistema de control territorial basado en dos ejes fundamentales: las vías de comunicación y los establecimientos de explotación rural o *villae*. Gracias a las obras públicas e hidráulicas, se transformaron grandes extensiones de terrenos improductivos cercanas a los ríos. Esto permitió el asentamiento de ricas propiedades rurales dedicadas a la explotación agrícola y ganadera, denominadas genéricamente como *villae*, las cuales se articulaban sobre una distribución territorial basada en las centuriaciones. Pero esta nueva estructura territorial hubiera sido imposible de mantener, sin las redes de calzadas y vías romanas. Éstas comunicaban las grandes ciudades con otros núcleos de población localizados a orillas de dichos caminos y en muchas ocasiones acabaron convirtiéndose en mansiones o zonas de descanso de una tupida red de comunicaciones terrestres, a las cuales habría que añadir la vía fluvial que suponía el Ebro, en ese momento perfectamente navegable.

Debido a la falta de excavaciones arqueológicas, no conocemos ni la importancia ni el tipo de establecimientos romanos de la comarca, salvo por los hallazgos aislados y los restos superficiales, no obstante podemos identificar como villas romanas los siguientes yacimientos: *Azud de Civán*, *Boquera del Regallo I-II*, *Mas de Rabel*, *Campo de Ráfales*, *Picardías*, *Soto de Baños*, *Miralpeix* o *El Fondón*, todas ellas en el término de Caspe, o *la Dehesa de Baños* en Chiprana, sólo por citar alguno de los yacimientos más representativos de un periodo que abarcaría entre finales del siglo I a. C. y el siglo IV de la Era.

No obstante, hay un elemento que señala y caracteriza la ocupación romana en esta comarca y son sus mausoleos, construcciones funerarias de carácter monumental y vinculadas en la mayoría de las ocasiones a villas rurales y que han sido fechadas en el siglo II d. C. El primero de ellos se localiza en el caso urbano de Chiprana, en su *Ermita de la Consolación*, con un magnífico ejemplo de reutilización de un espacio sacro por una construcción religiosa cristiana. Del primitivo mausoleo se conserva la planta y parte de su alzado en la pared que da a la calle principal de la localidad, identificándose hasta tres cuerpos superpuestos, desde el plinto, sobre el que aparecen pilastras con cinco arcos rematadas con capiteles corintios y entablamento jónico con tres frontones. El mausoleo perteneció a un tal *Lucio Fabio Gallo*, posiblemente un rico terrateniente que enterró a sus dos hijas gemelas. También procedente del término de Chiprana, conocemos los restos desmontados y reutilizados de otro mausoleo en la *Dehesa de Baños*, donde fue dedicado el monumento funerario por *Valeria Restituta* a su esposo *Lucio Porcio*. El otro también se localiza en un entorno urbano, junto a la Colegiata de Caspe, trasladado a dicho lugar desde la partida de *Miralpeix*, como consecuencia de las obras del pantano de Caspe y la posterior inundación del monumento. El mausoleo de *Miralpeix* conserva el *conditorium* con

estilóbato, cella rectangular y muros laterales que sostienen una gran bóveda de cañón enmarcada en el frente con dos pilastras con capiteles corintios, en este caso sin datos sobre sus propietarios. El último mausoleo monumental se encuentra en el término de Fabara, en la partida de las Suertes, en la margen izquierda del río Matarraña, denominado popularmente como *Casa de los Moros*. Desde luego se trata del ejemplo mejor conservado de monumento funerario del tipo templo, en este caso toscano, con cuatro columnas con capiteles dóricos en su fachada, tres frisos laterales con decoración vegetal alegórica a las estaciones del año y un frontón superior donde todavía se conservan las marcas de la inscripción broncea que dedica el mausoleo a *Lucio Aemilio Lupo*.



Vista de la fachada principal del mausoleo romano de Miralpeix en Caspe

Epílogo: la antigüedad tardía

Desde la llegada del cristianismo a la comarca que muy bien podemos situar a partir de mediados del siglo III de la Era, son muy pocos los datos con los que contamos respecto a los restos arqueológicos. Por los escasos datos publicados hasta la fecha, podemos suponer que varias de las villas rurales altoimperiales pudieron sobrevivir a la crisis de la segunda mitad del siglo III d. C., pero no contamos con restos inmuebles que avalen dicha hipótesis. Es de suponer que la población, ante el estado de crisis e inestabilidad generalizadas, se concentraría en aquellos lugares de más fácil defensa, como serían las localidades de Chi-prana o Caspe. De este periodo tardorromano e hispanovisigodo sólo contamos con escasas referencias y hallazgos aislados, como el broche tardorromano con esmaltes localizado en la villa de *Picardías*, o los broches hispanovisigodos procedentes de los asentamientos de *Alcalán* o la *Ermita de San Bernabé*, todos ellos en Caspe.

La caída de la monarquía hispanovisigoda y la llegada de los musulmanes a estas tierras en torno al 714, supondrá el inicio de la Edad Media y



Broches de cinturón hispanovisigodos de Alcalán y de la ermita de San Bernabé

el final de un recorrido histórico que ha dejado en estas tierras uno de los patrimonios arqueológicos más ricos de nuestra comunidad, riqueza reconocida y admirada y que en los últimos años está empezando a recuperarse con diferentes iniciativas que deben plasmarse en un futuro próximo.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, A. y CEBOLLA, J. L. (1985). «Excavaciones arqueológicas en Los Ramos (Chiprana, Zaragoza)». *Bajo Aragón Prehistoria VI*. Zaragoza. pp. 67-86.
- BARANDIARÁN, I. Y CAVA, A. (1989). *La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*. Gobierno de Aragón. Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1984). «Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe)». *Museo de Zaragoza, Boletín nº 3*. Zaragoza. pp. 23-100.
- BURILLO, F. (2001-2002). «Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: Los Ausetanos del Ebro u Ositanos». *Kalathos*, 20-21. Revista del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense. Teruel. pp. 159-187.
- CANCELA, M. L. (1981). «Mausoleos romanos». *Gran Enciclopedia Aragonesa*, tomo VIII. Zaragoza. pp. 2202-2203.
- EIROA, J. J. (1982). *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Institución «Fernando el Católico». Zaragoza.
- EIROA, J. J.; ÁLVAREZ, A.; BACHILLER, J. A. (1983). *Carta Arqueológica de Caspe*. Grupo Cultural Caspolino. Monográfico nº 2. Caspe.
- LOSTAL PROS, J. (1980). *Arqueología del Aragón Romano*. Institución «Fernando el Católico». Zaragoza.
- MELGUIZO, S. (2005 a). «Las pinturas de «El abrigo del Plano del Pulido» (Caspe, Zaragoza). Apuntes sobre su proceso de degradación». *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, 26. Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe. Caspe. pp. 83-114.
- MELGUIZO, S. (2005 b). *Iberos en el Bajo Regallo*. Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe. Caspe.
- PELLICER CATALÁN, M. (2004). *Panorama histórico-arqueológico de Caspe en el Bajo Aragón*. Colección Historias Municipales, 2. Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe. Caspe.
- UTRILLA, P. Y RODANÉS, J. M. (1985). «El paleolítico en el Bajo Aragón y sus relaciones en el valle del Ebro». *Bajo Aragón Prehistoria*, V. Zaragoza. pp. 27-35.

